

ANA FORNER

Todos los arcoíris a tu lado



Ana Forner

Todos los arcoíris a tu lado

Esencia/Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Ana Forner, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Tiaré Pearl

Ilustraciones del interior: © Levente Naghi / Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2025

Dépósito legal: B. 13.861-2025

ISBN: 978-84-08-30911-6

Impreso en España

Capítulo 1



EMMA

—¿Y a dónde iremos, papá?

—A las islas Lofoten, cariño, allí iremos.



Rememoro esa conversación colocándome en la cola, que ya ha empezado a formarse, para coger mi último vuelo, que me llevará a ese lugar perdido en el mundo, «como yo, que también estoy perdida en mi mundo», medito con tristeza al tiempo que muestro mi billete y abandono la calidez del interior del aeropuerto. «Debe de ser una broma. ¿Es este el avión?», me pregunto deteniéndome en seco, observando la reducida aeronave con hélices mientras siento el aire gélido como un aliento helado sobre el rostro, la única parte de mi cuerpo libre de ropa, pues he pasado de los treinta y ocho maravillosos grados de Madrid a los... «a saber los de aquí, pero, vamos, que hace muchísimo frío», constato mientras la gente que estaba situada tras de mí en la fila me rebasa decidida en dirección a este trasto como quien va a montar en un autobús mientras yo echo un vistazo hacia atrás y hacia los lados para cerciorarme de que no me he confundido y de que mi avión no es otro. Y, no, no lo es. Y, total, qué más da; la única persona que podría echarme de menos, si este cacharro se estrellara, puede que ya se haya olvidado de mí y el resto... «el resto,

nada», me freno endureciendo la mirada e intentando tragar esta bola de tristeza y miedo que tengo atascada en la garganta.



—Ya verás como te gustará, cariño. Las montañas son como dragones dormidos cubiertos parcialmente por agua y el cielo se convierte, por la noche, en un baile de luces de colores que nunca verás aquí. Una vez leí que ese lugar era el fin del mundo, pero, quien sea que escribió eso, estaba completamente equivocado porque ese sitio no es el final, sino el comienzo, y tú tienes que verlo.

—¿Tú has ido muchas veces, papá?

—No, solo una y jamás he podido olvidarlo.

—¿Y por qué no has regresado?

—Porque tus abuelos y yo nos mudamos a Valencia, luego conocí a tu madre y los campos de arroz se convirtieron en mi hogar, como tú, que eres mi hogar, pero algún día iremos juntos, te lo prometo, y recorreremos esas islas como yo las recorrí con tus abuelos. Y, luego, cuando llegue la noche, nos sentaremos mamá, tú y yo, tapados hasta las orejas, y con la paciencia del pescador esperaremos la llegada de ese baile para unirnos a él.



«Ya estoy aquí, papá. Estés donde estés, cuida de mí... y también de ella», pido deteniendo la mirada en el cielo, todavía con luz a pesar de que son casi las once de la noche, mientras una lágrima solitaria se desliza lentamente por mi mejilla y me afano en secarla antes de que alguien pueda verla para seguidamente echar a andar hacia esa avioneta que me llevará a Leknes.

Ojalá supiera si podré ver esos dragones dormidos allí o me he equivocado de lugar y tendría que haber ido más hacia el norte o más hacia el sur. «Y ojalá no te hubieras ido tan pronto, papá», le digo mentalmente, como si pudiera oírme, para luego empezar a subir los

peldaños con mis recuerdos pisándome los talones, dándose prisa por situarse a mi lado... aunque, en realidad, no hace falta que corran tanto porque nunca voy a permitir que se alejen de mí.

—Pues qué bien —musito desanimada cuando observo el interior de esta avioneta que ha conocido mejores tiempos, seguro. Cuando localizo dos plazas libres, en esta caja de zapatos vieja, me dirijo hacia ellos deseando que nadie se siente a mi lado y, ya puestos a pedir, que este cacharro aguante el vuelo.

—Tranquila: aunque no lo parezca, es de fiar —oigo que dice alguien, unos minutos después, y dirijo los ojos hacia el origen de esa voz para encontrarme con un chico de unos veintitantos años, moreno, con el pelo suelto a la altura de los hombros, que está colocando algo en el compartimento de arriba de mi asiento o, más bien, de nuestros asientos porque me temo que tiene intención de acomodarse en el que sigue libre a mi izquierda.

—¿No tienes frío? —le pregunto sin detenerme a pensarlo, porque únicamente lleva una camisa con las mangas remangadas y los primeros botones desabrochados, mientras que yo sigo con mi chaqueta y el gorro de lana puestos y sin intención de quitármelos.

—Si ahora tienes frío, espera a que llegue el invierno —me responde esbozando una sonrisa, sentándose a mi lado, y niego con la cabeza dirigiendo de nuevo la mirada hacia la ventanilla para fijarla en esas hélices que pueden llevarme directa a la muerte.

—No creo que siga aquí en invierno —susurro viendo cómo comienzan a girar e instintivamente pego mi pequeña mochila a mi cuerpo y mi espalda al respaldo del asiento.

«¡Ay, socorro!»

—¿Turista? —me plantea dándome conversación, y no sé si lo hace porque es un tío simpático o porque intuye que estoy muerta de miedo y quiere entretenerme para que no lo piense demasiado.

—Pero en busca de trabajo. ¿Y tú? No eres de aquí, ¿verdad? —inquiero optando por seguirle la corriente porque casi prefiero charlar con él a seguir con la vista clavada en esas hélices gigantes que tienen mi vida entre sus palas.

—¿Qué pasa? ¿No tengo pinta de noruego? —suelta divertido.

—No mucha —contesto sonriendo finalmente.

—Eso es porque crees que todos los noruegos son rubios con los ojos azules, y te equivocas.

—Entonces, ¿eres noruego? —le formulo intentando relajar mis músculos porque voy a producirme algo así como una docena de contracturas yo sola si continúo tan tensa.

—No, pero te he pillado —me dice guiñándome un ojo—. Soy italiano. Encantado de conocerte. Me llamo Marco. ¿Y tú?

—Emma, española...

—Y en busca de trabajo —me corta, suscitando de nuevo mi sonrisa.

—Si lo encuentro. ¿Y tú?

—Yo ya estoy currando; suelo venir todos los años en verano para trabajar.

—Pues estamos casi a finales de agosto; llegas un poco tarde, ¿no? —le pregunto provocando su carcajada.

—Llevo aquí desde junio. Hoy era mi día libre y he aprovechado para visitar a unos amigos en Bodø —me cuenta.

Al final será verdad que coger este avión, para ellos, o para la gente como Marco, es algo así como coger un autobús para mí.

—Oye, ¿y ganas mucho currando aquí?

—Mucho más que en España o en Italia. Además, el restaurante en el que trabajo cuenta con habitaciones propias para el personal en la parte de arriba; digamos que les pagamos un precio simbólico y, a cambio, tenemos cama y comida gratis.

—¿Y por casualidad no tendrán un puesto libre? —indago esperanzada porque me he gastado casi todos mis ahorros en este viaje y necesito urgentemente encontrar un empleo y, si encima tengo el alojamiento y la comida casi gratis, pues mejor que mejor.

—¿Dónde vas a alojarte?

—En Ballstad.

—De coña, porque el restaurante está en Leknes, a solo unos minutos en coche de donde te vas a hospedar. Se llama DIGG. Ve y pregunta por Thea, es la encargada —me explica mientras la única azafata de este vuelo empieza a relatarnos cómo proceder en el caso de que algo vaya mal... y es la tercera vez, en lo que llevo de día, que veo y escucho lo mismo, total para nada, porque, si este trasto se desplomara al vacío, lo último que haría sería recordar sus indicaciones y más bien me pondría a gritar como una loca; eso o directamente la palmaría del susto y listo, fin de la agonía.

—Genial, muchas gracias —le digo pasando de la azafata y de mis

pensamientos cuando percibo el movimiento del aparato y vuelvo mi rostro hacia la ventanilla para fijar la vista en las hélices iluminadas que ya giran a toda velocidad.

Qué bonitas, así, tan grandes, creando ese círculo perfecto de luz, solo que lo bonito puede ser una máscara engañosa... «y, si no, que me lo digan a mí», pienso de repente endureciendo el gesto.

—¿Vienes sola? —me pregunta Marco al tiempo que la avioneta comienza a correr por la pista y me limito a asentir con la cabeza, fingiendo no estar superasustada.

«Socorro. Socorro. Socorro», repito mentalmente pegando fuerte la mochila contra mi cuerpo, frenándome para no cerrar los ojos porque me niego en redondo a hacer el ridículo delante de este chico.

«Uy, ¡pues ya está!», respiro asombrada cuando me doy cuenta de que ya hemos despegado y estamos en el aire. Qué distinto a los otros aviones, porque este apenas ha tenido que coger velocidad. «Ventajas de ser tan pequeño y pesar poco», deduzco mientras observo con mucho pavor el mar a nuestros pies. «Solo espero que no nos estrellemos porque a ver cómo salimos de esas aguas oscuras y heladas», me digo visualizándolo y muriendo un poquito más del susto. «Ay, por favor, que no pase nada», suplico mentalmente apoyando la frente en el cristal de la ventanilla y olvidando por un momento mis temores cuando mis ojos se detienen en el espectáculo que tengo frente a mí: la luz del día resplandeciendo todavía en una parte del horizonte, como si se resistiera a desaparecer del todo; la oscuridad de la noche intentando cobrar protagonismo por el otro lado, sin llegar a conseguirlo; los pequeños islotes emergiendo del mar; los puntitos de luz de las casas brillando en lo bajo; la avioneta como suspendida en el cielo, y ese círculo perfecto de luz que dibuja la hélice iluminando nuestro vuelo. «Y hasta lo enmarcaría si lo viera en una postal o en una fotografía, solo que yo estoy en la escena y esta hélice está haciendo un ruido muy raro», pienso abrazando aún con más fuerza la mochila al tiempo que centro la vista en los tornillos que mantienen la chapa en su sitio. Por favor, que no se suelte ninguno y que no se estropee nada, porque es verdad que mi vida es un completo desastre, pero también es verdad que me gustaría saber si hay algo bueno esperándome en mi futuro, algo que me haga vivir breves instantes de felicidad, que pegue momentáneamente mis trozos y me permita soltar alguna que otra carcajada.

—Ya te he dicho que es de fiar, deja de poner esa cara de acojone —oigo que me dice Marco y me obligo a relajar mis facciones y fingir que todo está bien.

—No estoy poniendo ninguna cara de acojone, solo estoy contemplando el paisaje —me defiendo, volviéndome para encontrarme con su sonrisa.

—Sí, claro, lo que tú digas —me responde condescendiente, tan relajado como lo estaría yo en la playa, a treinta grados, tumbada al sol como una lagartija. Solo que no es el caso... y ya quisiera, pero en otras circunstancias.

—¿Por qué elegiste venir aquí? —inquiero cambiando de tema porque no estoy dispuesta a ahondar en el otro y porque prefiero hablar con él a mirar por la ventanilla, por muy bonito que sea todo.

—¿Por qué lo has elegido tú?

—Porque mi padre era noruego y siempre me habló de este lugar. Sentía curiosidad —le cuento encogiéndome ligeramente de hombros. Y es verdad, siento curiosidad, pero no ha sido solo esta la que ha guiado mis pasos—. ¿Y tú?

—Por las auroras boreales. Siempre quise verlas, desde crío. Yo no tenía pósteres de coches de Fórmula 1 ni de futbolistas ni de mangas en mi habitación. Yo tenía una lámina gigante de Hamnøy de noche, con la aurora boreal iluminando el cielo y las aguas del fiordo, con las enormes montañas de fondo y las luces de las casas encendidas. Crecí viendo esa imagen y, antes de empezar la carrera, decidí coger mi mochila, una cámara fotográfica y venir a conocer estas islas. Me he pagado los estudios en Italia currando aquí cada verano desde entonces y, aunque ya los he terminado, sigo viniendo.

—¿Por qué? ¿Porque pagan bien?

—Sí, y también porque este lugar crea adicción, aunque tengas que buscar muchísimo para encontrar algo de marcha.

—Entonces he elegido bien —afirmo con seriedad, y no porque paguen bien, sino porque lo último que busco es marcha y gente a mi alrededor. Y esto, cuando tienes dieciocho años, es muy triste y deprimente.

—Has elegido muy bien, fíjate qué paisaje y eso que es de noche. Te aseguro que esto no lo verás en otro sitio. Aquí la naturaleza te pasa por encima y tú solo puedes quedarte en silencio, rindiéndote ante ella —me dice inclinándose ligeramente para mirar por la ventanilla.

—Hablas como mi padre —musito con la tristeza agrandándose en todas las partes de mi cuerpo mientras mantengo la vista fija en su perfil sin verlo realmente.

Qué feliz y despreocupada fue mi vida mientras él estuvo en ella. Y qué complicada y triste se volvió cuando nos dejó. Y luego yo me encargué de complicármela más y de hacerla más triste y difícil. Y no fui solo yo, pero solo yo cargué con las consecuencias. Y nunca más, jamás, permitiré que vuelva a sucederme de nuevo.

—Y tú hablarás igual cuando conozcas estas islas —me asegura convencido sacándome de mis pensamientos—. Hemos llegado. Bienvenida a las islas Lofoten y a la tierra del sol de medianoche —prosi-gue guiñándome un ojo.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Tan pronto —secunda sonriendo mientras yo dirijo la mirada hacia el exterior para constatar que la avioneta va perdiendo altura.

Y tan fácil como ha despegado, aterriza, como si un par de dedos gigantes la hubiesen cogido y la hubieran elevado y, más tarde, ese mismo par de dedos, la hubieran depositado con cuidado en el suelo. Y es verdad que sigo opinando que este trasto es un trasto, pero también es verdad que no ha sido para tanto y que yo sola me he encargado de agrandar mis miedos en mi cabeza.

—Viene un colega a recogerme, ¿quieres que te llevemos? —me propone levantándose, una vez que la avioneta se detiene del todo.

—No hace falta, pero gracias. Eso sí, háblale a Thea de mí; necesito trabajar en lo que sea y, si puedo tener comida y alojamiento casi gratis, mejor que mejor.

—Pásate mañana por el restaurante, está en la calle principal. Abrimos a las once, yo estaré por allí —me indica al tiempo que coge su mochila del compartimento.

—Vale —le digo poniéndome también de pie para colocarme tras él en la fila que ya se ha formado para salir de esta caja de zapatos.

—¡Nos vemos mañana! —se despide de mí, unos minutos después, al tiempo que comienza a bajar las escaleras como si nada, con su camisa medio abierta y las mangas remangadas.

«Menudo campeón», pienso con admiración, sintiendo de nuevo la caricia helada del frío en mi rostro.

—¡Hasta mañana! —exclamo alzando la voz para hacerme oír, porque casi ha volado escaleras abajo.